

faccion á las quejas contra Wallenstein formuladas, pues, entre otras cosas, el elector de Sajonia habia manifestado que no podria asistir á la asamblea que para aquel objeto se convocara mientras las tropas de aquel general ocuparan la Lusacia. Cada día presentábase mas concreto el problema planteado: el emperador habia de escoger definitivamente entre los electores, de quienes dependia la eleccion de su hijo como rey de Roma, y Wallenstein, á quien debia el poder que habia alcanzado en el Imperio; si queria atraerse á los primeros, no tenia mas remedio que sacrificar al segundo. ¿Podia y debia decidirse á esto?

Indudablemente el emperador comprendia el peligro que entrañaba el poder extraordinario de su general; los consejeros de Viena apenas se atrevian á dar órdenes á Wallenstein y las relaciones entre soberano y servidor estaban casi completamente trastocadas. Por otra parte, no desconocia el emperador que á su general debia en primer término la autoridad alcanzada frente de los príncipes territoriales, autoridad que en Wallenstein se apoyaba, y preveía que en cuanto no dispusiera de un ejército propio volvería á depender, como antes, de los electores. La lucha planteada para conseguir la destitucion de Wallenstein era, pues, al mismo tiempo una lucha entre los poderes territoriales y el poder central. El emperador, aun prescindiendo de la gratitud que á su general debia, consideraba peligrosa la destitucion de este, en primer lugar por el estado de las cuestiones que en el interior de Alemania se agitaban y por la hostilidad de los protestantes producida por el edicto de restitucion, y despues y principalmente por el aspecto que en aquellos momentos ofrecia la política general europea.

La guerra con Dinamarca habia terminado definitivamente, y poco despues de la muerte del inquieto príncipe transilvano, Bethlen Gabor, de quien no habia que fiar gran cosa, habia desvanecido el peligro que durante tanto tiempo habia amenazado por la parte de Oriente; pero en cambio no cabia duda alguna de que el rey de Suecia tenia el propósito formal de mezclarse en la guerra alemana, sobre todo desde que por mediacion de Francia se habia firmado en 29 de setiembre de 1629 un armisticio por seis años que temporalmente ponía término á la guerra entre Suecia y Polonia, en la cual esta última habia sido apoyada por Wallenstein con un numeroso cuerpo de ejército mandado por Arnim. Tenia, pues, Gustavo Adolfo motivos sobrados para comenzar una lucha franca contra los Habsburgos alemanes: en la cuestion de Stralsund habíase patentizado el antagonismo que entre ambas potencias engendraba el deseo de dominar en el Báltico, pero por encima de esta consideracion estaba todavía el hecho de haber el emperador ayudado con sus tropas á los polacos enemigos del monarca sueco. En vano procuró el emperador hacer revivir la antigua envidia entre Dinamarca y Suecia; en vano propuso Wallenstein á la primera de estas dos naciones una alianza estrecha con la segunda: Cristian IV contestó que no consentia que nadie, fuera de Dinamarca y Suecia, tuviera la soberanía del Báltico. Igualmente inútiles fueron las tentativas hechas para lograr una inteligencia con Suecia, á pesar de que para conseguirla Wallenstein se mostró dispuesto á renunciar á Mecklenburgo y á consentir la reposicion de los antiguos duques que Gustavo Adolfo pretendia. Quizás hubieran podido salvarse todas esas diferencias si el edicto de restitucion no hubiese añadido á las contiendas políticas el profundo antagonismo religioso. De suerte que tambien en la política exterior dejábase sentir las funestas consecuencias del hecho de haberse separado el emperador de la política de su general, pues por un lado amenazaba estallar de un momento á otro la guerra en el Norte, y por otro Fernando en-

contrábase ya en guerra abierta con Francia por causa de la sucesion de Mantua.

En 1627 habia muerto sin herederos directos el duque Vicente II de Mantua y Monferrato, de la casa de Gonzaga. El pariente colateral mas próximo y por ende el que mejores derechos tenia sobre los ducados vacantes era el duque Carlos I de Nevers, hijo de un tío de Vicente II que se habia casado con la heredera de los ducados de Nevers y de Rethel y dejado por consiguiente á su hijo una posicion brillante en Francia. El difunto duque habia expresamente reconocido sus derechos y casado al hijo de Nevers, Carlos II, con su sobrina, hija de su hermano mayor. Pero enfrente de los derechos del de Nevers habian formulado pretensiones á una parte de la herencia los duques de Saboya y de Guastalla á quienes apoyaba España, que no queria tolerar en Italia una soberanía francesa. Nevers, en cambio, contaba con un defensor poderoso de sus derechos, evidentemente mas fundados que los otros, el papa Urbano VIII, quien así por razon de justicia como por consideraciones políticas opúsose enérgicamente á las pretensiones de España, potencia hácia la cual se mostraba políticamente tan hostil como amigo se manifestaba de Francia. El emperador, en lo que directamente le correspondia, no habria tenido por qué intervenir en esta cuestion sucesoria, pues si bien su esposa era una princesa mantuana, habia reconocido como legítimos los derechos del de Nevers, y en realidad nada tenia tampoco que oponer contra la sucesion de este; pero la manera como el pretendiente llevó esta cuestion hizo nacer en él grandes inquietudes. En primer lugar estaba descontento porque el matrimonio de Carlos II con la sobrina de Vicente II, que hasta entonces habia vivido en un convento, habia sido concertado sin asentimiento de los parientes, entre los cuales contábase él como esposo de una princesa mantuana; y en segundo lugar se quejaba de que el duque de Nevers hubiera tomado inmediatamente posesion de la herencia sin haber solicitado la investidura que como emperador debia darle. A consecuencia de esto último y por instigaciones del rey de España, puso Fernando en secuestro el ducado de Mantua como feudo del Imperio hasta tanto que el Consejo áulico imperial resolviera á quién correspondia la herencia, y ordenó al duque de Nevers que no ejerciera soberanía en Mantua y que pidiera perdón por el desafuero cometido, pero dejándole entretener al mismo tiempo que, si se mostraba sumiso, se resolveria el asunto favorablemente para él. Como se ve, no atacaba directamente al heredero legítimo, y la verdad era que temia hacerlo así porque no queria promover un conflicto con el Papa, defensor de los derechos del de Nevers.

En el entretanto, España habia procedido activamente contra este y comenzado el sitio de Casale; pero el Papa, que se consideraba en primer término como príncipe soberano de Italia y que al igual que los demás príncipes italianos no queria que en aquella península adquiriera la soberanía española mayor extension de la que tenia, dirigióse á Richelieu en demanda de ayuda para Nevers. El cardenal, contento porque de este modo podia á la par servir á los intereses de Francia y ponerse en relaciones íntimas con el Papa, estaba muy dispuesto á acceder á la peticion de este, pero quiso antes de acometer otra empresa terminar el sitio de la Rochela que en aquel entonces le tenia ocupado. Una vez logrado esto, aceptó con gran celo la causa de Nevers y pudo obtener en 1629 de Luis XIII que personalmente marchara á Italia con un ejército atravesando los pasos de los Alpes que en vano intentó cerrarle el duque de Saboya.

Por otro lado, el rey de España consiguió del emperador que decretara la ejecucion contra Nevers que no se habia

sometido á la órden imperial antes mencionada, para lo cual una parte del ejército de Wallenstein debia penetrar en Italia por los pasos de los Grisones y de la Valtelina que pocos años antes habian sido causa de una desavenencia entre Francia y España. Wallenstein, con quien el emperador consultó el asunto, mostróse al principio contrario á aquella empresa porque creía preciso conservar todas las fuerzas para la guerra de Alemania y la que era inminente con Suecia, y del mismo parecer que él fueron los ministros, por iguales razones comenzaron oponiéndose á la guerra italiana; pero al fin cedieron todos y se envió á Italia un ejército imperial compuesto de cinco regimientos, que se encontraba en Suabia y en Alsacia y cuyo mando fué conferido á Colalto. Habia, pues, estallado la guerra con Francia, que tuvo varias alternativas: mientras los franceses se apoderaron, en 30 de marzo de 1630, de la plaza de Pinerolo, los

españoles pusieron en Monferrato sitio á Casale y los imperiales tomaron á Mantua por asalto. Una vez empeñada francamente la lucha con Francia, Wallenstein se consagró activamente á ella y aun llegó á manifestar el propósito de marchar personalmente á Italia, sin que le arredrara combatir contra el Papa que apoyaba á los franceses, y antes al contrario diciendo, con la crudeza en él característica, que Roma habia sido ya conquistada cien años antes y que, puesto que ahora era mas rica que entonces, no habia razon para no conquistarla de nuevo.

En aquellos momentos en que era inminente el desembarco de Gustavo Adolfo en territorio alemán y en que habia estallado la guerra con Francia, los príncipes de la Liga, Maximiliano de Baviera el primero, exigian resueltamente que fuese destituido el general del emperador. Reunidos en diciembre de 1629 en Mergentheim, habian acordado no re-



Coche de viaje durante la guerra de Treinta años. Facsimile del grabado de Jacobo Callot (1594-1635) «El sitio de Breda,» 1624

conocer la confiscacion de Mecklenburgo, aplazando la solucion definitiva de este asunto para la próxima asamblea de electores, en la cual debian desarrollarse tambien las escenas principales de la accion de que iba á ser víctima Wallenstein.

El doble antagonismo entre el emperador y los príncipes protestantes por un lado, y entre el general y los aliados católicos de Fernando por otro, habia dado lugar á las mas extrañas combinaciones: el primero habia traído como consecuencia la intervencion de Suecia, facilitada por los esfuerzos de Francia y en alto grado estimulada por la guerra italiana de esta contra los Habsburgos alemanes. Los franceses eran aliados no solo de los suecos, sino tambien de los protestantes alemanes, y con ellos estaban en íntimas relaciones, movidos por su odio á Wallenstein, los príncipes de la Liga, es decir los mas encarnizados enemigos del protestantismo, que constituían un eslabon de la cadena que Richelieu habia forjado con las diferentes potencias enemigas de los Habsburgos. La oposicion de todos esos elementos iba dirigida no solo contra Wallenstein, sino tambien contra el mismo emperador cuya prepotencia estaba evidentemente representada por el general. Los embajadores franceses que concurren á la asamblea de electores de Ratisbona, y especialmente el padre José, tenían órden de Richelieu de apoyar las pretensiones de Maximiliano de Baviera, así las relativas al estricto cumplimiento del edicto de restitucion como las referentes al alejamiento de Wallenstein: sin embargo, unas y otras pretensiones resultaban esencialmente antagónicas si se las consideraba desde el mas elevado punto de vista de la política y de la historia general, pues con el edicto de restitucion se prolongaba indefinidamente la guerra en

Alemania para cuya direccion habia el emperador elegido á Wallenstein. De aquí las grandes contradicciones que entraña la política de la Liga en aquellos tiempos: por un lado, con el edicto se prolongaba la guerra en Alemania y se aceptaba la lucha con Suecia, y por otro la Liga se aliaba con Richelieu, que era aliado de Suecia y de los protestantes alemanes. Solo en una cosa coincidían algo sus contrapuestas pretensiones y por ello recibían el mas solícito apoyo del cardenal; todas debían contribuir á enterrar la soberanía del emperador en Alemania y á derrocar el poderío de los Habsburgos en Europa. A la verdad los príncipes de la Liga no querían conscientemente esto último, y en cuanto á lo primero únicamente deseaban combatir la forma imperialista de la autoridad de Fernando que Wallenstein se proponía implantar; pero de hecho eran un instrumento de Richelieu, cuyos planes contra los Habsburgos apoyaban sin darse cuenta de ello. El cardenal por un lado y Wallenstein por otro eran los únicos que representaban una política clara y lógica. Richelieu consagraba sus mayores esfuerzos á debilitar el poder de los Habsburgos en Alemania y en España, y este propósito de ningun modo podia ser mas fácil y completamente realizado que enemistándose el emperador con los protestantes de una manera irreconciliable, como habia sucedido con el edicto de restitucion, y desprendiéndose del invicto general á quien debia todo su poder. En este punto, solo en este, no estaban en contradiccion aquellas pretensiones de la Liga, sino que por el contrario habia en ellas la mayor armonía: todas servían al mismo objeto, precisamente al que la Liga no queria de hecho servir. Partiendo de este punto de vista se ve claramente que los verdaderos intereses del emperador estaban íntimamente enlazados con los de Wallens-



tein, que este era el genuino representante de la autoridad imperial dentro y fuera de Alemania, y nada lo demuestra mas evidentemente que el hecho de que el hombre de Estado francés enemigo de Austria y España fuese precisamente el que apoyaba enérgicamente los esfuerzos encaminados á conseguir la destitucion de Wallenstein. Aquel hombre tenia en sus manos los hilos de la política no solo en la asamblea de electores de Ratisbona, sino tambien en toda Europa. El emperador, al destituir á Wallenstein, cortó por sí mismo la rama en que estaba sentado, y la razon de que se resolviera á obrar así hemos de verla en primer término en la necesidad que tenia de la cooperacion de los electores si queria asegurar á su primogénito la corona real alemana. Por esto autorizó la destitucion de Wallenstein; mas á pesar de ello no logró el fin que deseaba: aquella decision inaudita y tan funesta para el curso sucesivo de los acontecimientos fué tomada en la asamblea de electores convocada por el emperador para junio de 1630 en Ratisbona.

En vano intentó el emperador, antes de que la asamblea se reuniera, reconciliarse con Maximiliano de Baviera, el jefe de la oposicion de los electores, enviándole al abad de Kremsmunter y ofreciéndole por conducto de este que cesarian los nuevos reclutamientos de Wallenstein; y en vano tambien quiso este llegar á una inteligencia con la Liga, idea que el mismo Tilly aceptó. Apenas el emperador inauguró solemnemente las sesiones de la asamblea (3 de julio) entregando la proposicion al elector de Maguncia, desencadenóse la tormenta sobre el general. En un principio la acometida solo partió de los príncipes católicos, pues los protestantes, en quienes el edicto de restitucion habia despertado gran desconfianza contra los planes de reaccion católica de la Liga, se mantuvieron reservados y no se recataron de decir que mas temores les inspiraban aquellos planes que el mismo Wallenstein. El elector de Brandeburgo, por ejemplo, habia ordenado á sus embajadores que se abstuvieran en todo aquello que significase censuras dirigidas únicamente contra Wallenstein y que se quejasen de las vejaciones cometidas por *ambos* ejércitos; añadiendo la instruccion: «Si nuestros embajadores comprenden que los electores católicos encaminan sus esfuerzos á lograr la destitucion del duque de Friedlandia y á conseguir para sí la direccion de la guerra, no intervendrán en nada de cuanto á esto se refiera.» En cambio los príncipes de la Liga estaban incondicionalmente apoyados por la embajada francesa cuya mision ostensible era el arreglo de la cuestion de la sucesion de Mantua. Esa embajada componíase del embajador propiamente dicho M. Leon de Bruslart y de aquel fraile capuchino, el padre José Le Clerk du Temblay, que, despues de Richelieu, era el mayor talento diplomático que Francia entonces poseía. El fué quien directamente trabajó contra Wallenstein, y por conducto suyo declaró el cardenal que, en caso de que el emperador no cediera, su rey estaba dispuesto á unirse con los electores. El rey, á su vez, contaba con el apoyo del embajador español, duque de Doria, que representaba la política antifrancesa y aconsejaba enérgicamente un ataque contra Francia y Holanda, y en este concepto combatia la destitucion del general. Wallenstein permanecia en Memmingen, en donde, sin cuidarse de los debates de la asamblea de electores, hacia activamente los preparativos para atacar á Francia así en Italia como desde Alsacia.

Como de costumbre, la base de las discusiones de Ratisbona fué la proposicion del emperador, que abarcaba cinco puntos sometidos á la asamblea en forma de preguntas: 1.ª ¿Qué debía hacerse en definitiva con el proscrito elector del Palatinado? 2.ª ¿Cómo debía procederse respecto de los holandeses para arrebatarles las plazas que en territorio im-

perial ocupaban, y sobre todo para acabar con la proteccion que dispensaban al conde palatino? 3.ª ¿Qué resistencia se opondría al rey de Suecia en el caso de que quisiera entrometerse en los asuntos del Imperio? 4.ª ¿Qué actitud se adoptaría contra el rey de Francia si persistía en intervenir arbitrariamente en las cuestiones de Italia? 5.ª ¿De qué modo podia ordenarse la organizacion militar?

De todas estas preguntas, los electores solo estaban dispuestos á contestar en el sentido que el emperador queria á la tercera, es decir á la relativa al rey de Suecia, y en efecto declaráronse prontos á tomar parte en la guerra contra aquella potencia. A la cuarta contestaron aconsejando vivamente al emperador que procurase llegar con Francia á un acuerdo, que efectivamente se firmó despues, en el cual Fernando, á pesar de las victorias que entretanto habia alcanzado en Italia, reconoció en la posesion de Mantua y Monferrato al duque de Nevers, quien á su vez pidió perdon al emperador. La discusion sobre la guerra con Holanda fué aplazada para la próxima dieta; en cambio los electores discutieron con calor la quinta pregunta, que era para ellos de capital importancia, y desde luego no quedaron satisfechos con las tradicionales quejas y acusaciones, sino que acordaron, contra el voto de los protestantes, exigir inmediata y directamente la destitucion de Wallenstein y pedir al emperador «que pusiera al frente del ejército un jefe que residiera en el Imperio, que gozara en él de gran prestigio y que inspirara gran confianza á los demás Estados.» El dia 15 de julio se logró acallar la oposicion que hasta entonces hicieran los protestantes á dar en comun un paso contra Wallenstein, y al dia siguiente todos los electores acordaron enviar al emperador un memorial quejándose de verse privados de toda consideracion y sometidos á los comandantes imperiales, que por su condicion no podian compararse con ellos y de quienes habian de soportar en silencio innumerables vejaciones, fundando detalladamente todas sus quejas, citando especialmente el ejemplo de Brandeburgo, que hasta entonces habia tenido que gastar él solo cuarenta millones de thalers, y pidiendo en conclusion y terminantemente un cambio en el generalato. En otro memorial de 19 de julio solicitaban del emperador que en lo sucesivo escuchara los consejos de los electores y no ejecutara ningun acto de gobierno sin su conocimiento, y le pedian especialmente que se incoara un proceso en debida forma contra los duques de Mecklenburgo, arrojados de sus dominios. El emperador vaciló: temia naturalmente contestar con una negativa rotunda al memorial de los electores y no podia, por otro lado, resolverse á abandonar á su general; así es que buscó una respuesta que diera largas al asunto, diciendo que, si se formulaban algunas acusaciones *in specie* contra su general, las escucharía gustoso y resolvería sobre ellas lo que fuere de justicia.

Pero los electores no quisieron aceptar esta idea de las quejas especiales é individuales que, además de aplazar indefinidamente la resolucion del asunto, podian dar lugar á una minuciosa justificacion por parte de Wallenstein; así es que en 1.º de agosto los tres electores eclesiásticos y Maximiliano de Baviera se presentaron personalmente al emperador y le entregaron un nuevo memorial de agravios contra el general. Fernando se resistió enérgicamente durante algun tiempo á acceder á las pretensiones de los electores, entre los cuales y él existía visiblemente gran tirantez de relaciones, que puso en aprension á los consejeros secretos imperiales á cuyo dictámen sometió el emperador el asunto. Estos, en su informe, defendieron á Wallenstein, contra quien no podia en realidad formularse una acusacion concreta; pero al mismo tiempo expresaron el temor que tambien á ellos les inspiraba la desmedida ambicion del generalísimo,

diciendo que temian que Wallenstein, en caso de ser destituido, «se sirviera del ejército de que disponia, que habia creado con su crédito y á cuyos jefes habia encumbrado y enriquecido, imitando el ejemplo de otros caudillos ofendidos de que habla la historia.» Por si esto sucedia, aconsejaban al emperador que se asegurase el apoyo de los electores y terminaban recomendándole que de ningun modo se dispusiera con estos y que antes prefiriera destituir á su general, pues de lo contrario debía prepararse á tener enfrente una alianza de Estados imperiales católicos y protestantes. En este sentido trabajaban efectivamente los electores católicos con gran celo á fin de obligar de este modo al emperador á que cediera á sus pretensiones, y procuraban llegar á una estrecha inteligencia con los electores protestantes, para lo cual no vacilaron en prometer á estos que el edicto de restitucion no se ejecutaria en sus respectivos Estados. Era esta una nueva prueba de las contradicciones que caracteri-

zaban á la política de la Liga, pues mientras por un lado se prometia á los electores protestantes la revocacion del edicto en sus territorios, por otro se censuraba duramente á Wallenstein porque, consecuente con su sistema, no queria poner en ejecucion el mismo edicto en Wurtemberg.

A pesar de esta actitud enérgica de los electores católicos contra Wallenstein, el emperador, en la contestacion que por escrito les dió en 7 de agosto, no abandonó á su general, antes al contrario lo defendió en lo referente á la exigencia por aquellos formulada para que se incoara un proceso sobre la cuestion de Mecklenburgo.

En aquellos momentos decisivos luchaban entre sí las mas contrapuestas influencias en la corte del emperador, cuyo primer ministro, el príncipe de Eggenberg, continuaba apoyando á Wallenstein; pero al fin la balanza se inclinó en contra de este merced á los esfuerzos del Papa, el cual, identificado con la política francesa, trabajó con todo empeño á

Facsimile de la firma de Wallenstein, Alberto duque de Friedland, puesta al pie de un documento fechado en 23 de marzo de 1628. Tamaño original. (Real Archivo secreto de Estado, de Berlín.)

fin de conseguir la destitucion del general, sirviéndose para ello del padre Lamormain, confesor de Fernando. En 12 de agosto los electores dirigieron una nueva solicitud al emperador, y entonces este se decidió á acceder á sus exigencias, con la condicion, sin embargo, de que Wallenstein no sufriría ningun menoscabo en su honra ni en su fortuna. Esta resolucion debia ser notificada á Wallenstein en la forma mas suave, y para trasmitírsela eligió el emperador para embajadores á dos de los mejores amigos del general, Werdenberg y Questenberg, los cuales debian tratar de demostrarle que Fernando no podia resolver el asunto de otro modo, dada la presion ejercida por los electores. Wallenstein, que habia estado siempre al corriente de lo que ocurría en Ratisbona, recibió á los emisarios imperiales placenteramente, contra lo que todos esperaban, y les manifestó, indicándoles los instrumentos astrológicos que llenaban su despacho, que hacia tiempo habia leído en los astros que el espíritu del elector de Baviera dominaba al del emperador. Añadióles que por ello no dirigía á este censura alguna y que únicamente lamentaba que el soberano no le hubiese defendido con mucho calor. Wallenstein despidió á los embajadores colmándoles de presentes y en apariencia se sometió á la resolucion imperial que de repente le arrojaba de la elevada posición que habia alcanzado, retirándose á sus dominios de Bohemia, á Gitschin, en donde se rodeó de pompa verdaderamente régia. Convencido de que era inminente una nueva guerra con Suecia, si es que ya no habia comenzado, resolvió esperar, aparentemente tranquilo, pero profundamente disgustado en su interior, el momento en que volverían á ser necesarios sus servicios.

### TERCER PERIODO

GUSTAVO ADOLFO DE SUECIA Y WALLENSTEIN.  
LA PAZ DE PRAGA (1630-1635)

DESEMBARCO DE GUSTAVO ADOLFO EN POMMERANIA

En los momentos mismos en que la dieta de Ratisbona tomaba la gravísima resolucion de destituir al general victorioso que por vez primera, desde hacia mucho tiempo, habia hecho del emperador una verdadera autoridad soberana en el Imperio, desembarcaba en el Norte de Alemania el héroe que habia de hacer descender á Fernando de la altura á que se encumbrara, salvando á la vez al protestantismo en Alemania y restableciendo el equilibrio de fuerzas en Europa. Es digna de ser consignada la circunstancia de que el desembarco de Gustavo Adolfo se habia ya realizado y de él se tenia ya noticia en Ratisbona cuando se inició el verdadero ataque de la Liga contra Wallenstein. El dia 26 de junio llegaron á la isla de Usedom los primeros barcos suecos, y el 16 de julio los electores reunidos en Ratisbona entregaron al emperador su primer memorial contra Wallenstein. El hecho de que unos príncipes católicos, deseosos de que se cumpliera enérgicamente el edicto de restitucion, con lo cual impulsaban á los protestantes á una resistencia vigorosa, exigieran del emperador, en aquel momento de supremo peligro en que surgía un nuevo auxiliar y salvador del protestantismo amenazado de muerte, la destitucion del único general capaz de hacer frente al nuevo enemigo, este hecho,